



Enrique Cerdán Tato

△▽

Pequeña crónica

Los golpes de la garrota le brincaban a Pascual, como un espeluzno, por la espalda - canija, traslúcida y granujosa-. Desde la piedras del alcázar zurraba con rigor el frío.

Los trancazos reventaron, algo más próximos, en las baldosas de la acera. ¡Pobre Diego! Y recordó al desgaire, cuando ambos, de mozos, iban a pescar meros a la escollera. Pascual barajó los naipes.

Salían a la amanecida, el sueño rebulléndoles aún en los párpados. Mercaban pan tierno en la tahona de San Onofre, se atizaban unas copas como Dios manda, y ya, en el rompeolas, apercibían los aparejos. ¡Qué momentos aquellos! A Pascual las cartas se le escaparon por entre los dedos, como pececillos trasijados.

Hurgó en el brasero hasta avivar las ascuas. Por los calcañares le subió un ardor generoso.

¡Pobre Diego, sí! No podía remediarlo. Y es que el pobre Diego tenía un oficio duro, muy duro para sus años. La verdad, aquello de andar de aquí para allá, toda la noche, era mismamente una rechifla. Pascual se removió inquieto. No, no estaba nada bien. No le parecía nada bien. No le parecía nada justo, ni propio de cristianos, ¡qué puñetas! Y que no le fueran luego con monsergas. No señor. Porque allí estaba él mismo, por ejemplo, que lo tenía todo. Así, sencillamente todo. Tenía un hijo. Y una nuera. Y un nieto ya de camino. Tenía una casa. También tenía a Tom; al cascalero, al rabricorto Tom. Entonces estiró el brazo hasta el lomo del perro.

Tom sacó el hocico de entre las patas, tensó las orejas y lo miró con el mirar líquido y manso.

-¿Verdad, tú, que hace frío?

Tom se sentó sobre sus cuartos traseros e inclinó la cabeza.

-Esta noche sí que lo sacamos. Verás, verás... -murmuró, mientras ordenaba los naipes.

-14-

Ya no se escuchaban los garrotazos de Diego. Muy probablemente, Diego se habría puesto a buen recaudo en la obra donde el guarda prendía, cada noche, una respetable fogata. Si así era, tanto mejor. Mucho mejor. Cuando menos para él, que se encontraba más a su gusto. Encendió la pipa. Podía fumar con toda la pachorra. Sus hijos se habían ido, en muy buena hora, al pueblo. Se habían ido de romería.

Pascual, metido ya en el laborioso juego del solitario, tuvo un golpe de tos. Se levantó y anduvo los dos pasos que le apartaban del balconcillo; salió afuera y tiró el escupitajo que sonó, al tronzarse sobre el bordillo con un sonido grave.

La única, la tímida bombilla se iba, a costalazos de viento, de una a otra margen del callejón, y llenaba de pálidos vislumbres las cornisas y los ventanucos arropados con cueros de caloyo.

Hacía helor. Lo supo en su piel que se había vuelto vítrea y luminosa. Regresó al cobijo de las brasas y dejó que sus manos las sobrevolaran cautamente.

Se dio de nuevo al solitario; un arte tornadizo, algo mofador y muy moroso. Claro que, de cualquier modo, la Petrita, su nuera, no le permitía trasnochar más de lo mandado. Pero, ¡en fin!, todo era cuestión de tener, como los matarifes o las echadoras de cartas, una mano sabia. No había hecho más que iniciar la suerte, cuando sintió unos ronquidos. Miró en torno. La estera estaba vacía y no vio al perro por el cuarto. Aguardó hasta que nuevamente se ahilaron los gruñidos de Tom. Ahora, sí. Ahora lo había localizado. Estaba en el balcón. Pascual entreabrió un palmo la puerta.

-Venga, pasa de una vez.

Pero el animal soltó otro lamento. Asomó el viejo por la rendija: Tom tenía la cabeza trabada por dos barrotes del pasamano. Trataba de escabullirse, para lo cual afianzaba las patas delanteras y se zarandeaba de un lado a otro. Sus uñas, en el desmañado, en el frenético arranque, hacían saltar pulgaradas de mortero.

-¡Cuidado que eres borrico!

Se agachó e intentó zafarlo. Pero, casi al instante, sus manos se pusieron rígidas en el barandal. Les echó el aliento. Un aliento que se estratificaba, como atónito, y se iba navegando noche arriba.

-Ahora... Verás...

-15-

El perro se apretó sobre las costillas y lanzó un aullido de dolor. A Pascual, el taco se le cuajó en la garganta. Tenía una sangre mentida y calcárea. Tenía una sangre ya inútilmente, parsimoniosamente amagada en el corazón.

Las nubes se habían retrepado a lomos del otero y patinaban sobre el filo de sus aristas. Sólo, entre desgarraduras, tremolaba alguna estrella con tiritonas singulares. No se oía más que el viento. Y en el viento, como micelas, el estertor de Tom y los resuellos del viejo.

Pascual, por último, se frotó las palmas en los fondillos del pantalón.

-Será cosa de gastar la mollera -dijo, mientras golpeaba las ijadas de Tom.

Entró y cerró el portillo. Bueno, era preciso calmarse y obrar con sensatez. Aquello parecía no más una tomadura de pelo.

Los aullidos sonaban y resonaban con urgencia. Volvió al balcón y arropó al perro con su manta. Luego lo alzó hasta el antepecho y lo puso sobre sus rodillas. Con tiento, le dobló el pescuezo. Pero un rezongo le hizo desistir. Tom tenía el escuezo hinchado y tibio, probablemente de sangre.

Le mordió la desesperanza. Era un viejo echadizo. Era un viejezuelo modorro. Era un viejarrón que ni siquiera servía para tenderle una mano al amigo, aunque al amigo le dijeran Tom y fuese tan sólo un perro descastado. Pascual soltó un zarpazo a la pipa. Él ya no era hombre. No tenía por qué fumar.

Mientras tanto, una lluvia frívola bajó sobre la ciudad...

Los vecinos de Pascual, como todos, eran gentes galanas y humildes, honestas y entrañables. La Petrita, su nuera, solía prestar dientes de ajo, o jícaras de aceite, o ramitas de perejil. Los prestaba a Lola, la del chamarilero; a Charo Fuentes, la del segundo; a Julia; en particular, a Julia, la mujer de Cosme, el herrero.

Por eso Pascual brincó la calleja, con brincos inseguros y mínimos, y, mientras el agua se le escurría por la pelambre, llamó a la puerta.

Julia, la de Cosme, traía en los ojos legañas, entre biliosas -16- y blancuzcas, y el aliento le apestaba. A Pascual le entró tiritona porque la mujer del herrero hacía extraños visajes.

-¿Anda por ahí tu marido?

-¿Pues dónde quiere usted que ande?... Vamos, ¡digo yo!

-Mujer...

Pascual le aseguró que necesitaba hablar con él, que se trataba de una cosa muy principal. Medio amodorrada y medio apática, la mujer se metió en la trastienda, no sin antes refunfuñar algo que Pascual no entendió.

Cosme, el herrero, era mozo bien plantado y de tremendos bíceps, pero aquella noche, liado como iba en la frazada, parecía más bien desmedrado y holgón.

Cosme, el herrero, no sacaba semblante de muy sanas querencias, y sin remilgos le preguntó qué asunto le llevaba a tan destemplada hora.

-Verás, Cosme... Bueno, el caso es..., es cosa de la cabeza, ¿entiendes?... La..., la tiene metida así, de manera algo rara... ¿entiendes, no?

Cosme, el herrero, miró para su mujer, se hurgó la nariz y se limpió en la manta.

-No.

A Pascual, la carne se le había puesto talmente de gallina.

-¿Oyes? -dijo, de pronto-. Es Tom.

Cosme, el herrero, mandó a Julia que se fuera a la cama porque lo único que había sentido era el niño, que andaba con retortijones de vientre.

Cosme, el herrero, con delicadeza casi, empujó al viejo.

-Mañana, ¿eh? Mañana viene y me lo cuenta, ¿de acuerdo?

La fugaz hoja de luz alumbró la calleja enlamada por donde la lluvia, entre tanto, bajaba, algo más crecida.

Los vecinos de Pascual, como casi todos los vecinos, eran gentes mesuradas y caritativas, tiernas y urbanas. La Petrita, su nuera, solía prestar la plancha eléctrica o medio litro de petróleo o un pimiento. Se lo prestaba a Julia, la del herrero; a Lola, la del comerciante; a Charo Fuentes, la del segundo. En -17- particular, a Charo Fuentes, recién maridada con un subalterno de la fábrica de tabacos.

Pero Pascual no llegó a subir, porque cuando en ello estaba, se abrieron los postigos del ventanuco y la voz campanuda y ordenancista del subalterno gritó:

-¡Si no se calla esa mierda de perro, le rompo el espinazo!

Pascual acarició a Tom con tanta ternura que el perro movió la cola, aunque con cierto desánimo.

Al cesar la lluvia, el frío se había hecho más acuciador. Caía desde las piedras del alcázar y zurraba con ganas. Se dejó llevar por la pina calleja, dobló a la izquierda. Era la última posibilidad. Algo así como gastar el último petardo. Llegó a la obra. En lo más hondo, barruntó al guarda y a Diego encorvados sobre la lumbre.

-¿Quién anda por ahí?

-Soy yo. Soy Pascual.

Diego se irguió.

-¿Sucede algo?

Pascual carraspeó. El guarda tomó un pote de junto a las pavesas.

-Eche un trago, abuelo. Se va usted a desarmar.

Pero Pascual no se percató del ofrecimiento.

-Vente para casa. Diego, vente corriendo, porque si no, Tom la diña.

Diego dio un respingo.

-¿Tu chico?

Pascual le dijo que no, que no se trataba del chico, sino del perro.

-Está bien, hombre, está bien. Vamos a ver qué pasa.

El guarda bebió del pote, chascó la lengua y sonrió.

-¡Leches con el abuelo! Menudo susto.

Una vez en casa, Pascual corrió al voladizo: Tom parecía resignado a su suerte. Pascual lo despojó de la manta, que chorreaba. Con ojo limpio y sosegado, Diego advirtió la situación.

-Este animal no tarda en reventar, ¡palabra!

Palpó un barrote. Introdujo su bastón y lo apoyó sobre el hierro. Le rechinaron los dientes y se le fue un bufido cuando venció toda su humanidad sobre la palanca.

-18-

Pascual lo observaba con gratitud y admiración. Diego había sido, de siempre, un hombretón capaz de alzar, hasta sus mismas narices, un fardo de más de seis arrobas. Y todavía, ¡vaya que sí!, guardaba un cuerpo firme y macizo.

Pero los años, o el frío, o quién sabe qué, cortaron, a cercén, los resoplidos de Diego.

-A lo mejor entre los dos...

Pascual empuñó la garrota y afirmó los pies.

-¿Listo?

Pascual dijo que listo.

-¡Vaaaaa...!

Se quebró la garrota y su chasquillo restalló por la calleja. Pascual recibió una costalada y se quedó sentado ridículamente en el suelo. Diego, como ido, sostenía el tercio superior de su garrota.

-Más de veinte reales...

Pascual se incorporó y echó un vistazo a su viejo compañero: tenía un gesto entre melancólico y enajenado.

-Más de veinte reales me va a costar...

Se marchó sin más. Pascual lo sintió bajar. Luego, se dejó caer en la silla. Por el cuarto holgaba el mismo frío, despiadado y elemental, de la calle.

Pascual se dejó caer en la silla, se desplomó en la silla. Advirtió los naipes y los fue apilando uno tras otro, hasta el último. Escuchó, como algo cada vez más distante, las sacudidas de Tom y se quedó, con la cabeza reclinada sobre los montoncitos de cartas, mansamente dormido.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

